

Colaboraciones de Manuel Arenilla en Radio 5, de RNE, sobre Administración Pública y Sociedad del Conocimiento desde el 26 de febrero de 2002 a 7 de diciembre de 2003.

RNE 1. 26/02/2002

Le pedimos a la Sociedad de la Información o del Conocimiento que cambie nuestra vida, como si el cambio pudiese venir solamente de la tecnología y de sus artilugios, es decir, de fuera. Quizá uno de los motivos del actual desencanto es el haber puesto demasiadas esperanzas en lo que no dejan de ser sino caros juguetes cibernéticos.

Nos encontramos en una profunda transformación cultural, de tanta trascendencia como la acontecida hace más de doscientos años y que nos trajo el Estado liberal, la democracia y las sucesivas revoluciones industriales. Se nos ha olvidado que como sucede en nuestras vidas, no hay cambio sin crisis.

La crisis actual deriva de la evolución de la persona como colectivo o masa a la persona como individuo. Nunca el ser humano hasta nuestros días ha tenido la capacidad de poder transformar por sí mismo su vida y su entorno, y nunca tampoco ha estado más sometido a la uniformidad, a la globalidad. Esta contradicción sólo la puede romper cada uno utilizando las enormes posibilidades de información y comunicación que nos ofrece la Sociedad del Conocimiento. Sólo construyéndonos como personas y conformando unos nuevos valores podremos crear una sociedad más justa.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 2. 26/02/2002

Cuando hablamos de los nuevos cambios que nos trae la Sociedad del Conocimiento una buena parte de nosotros decimos “que ya nos pilla viejos” o que “eso es para los jóvenes”. Esto se contradice con las enormes ganas de vivir que sienten especialmente las personas maduras, que se llenan con los deseos de viajar, divertirse o de beber en las nuevas fuentes de la juventud. Esa actitud tan positiva debe ser utilizada para que las nuevas tecnologías tengan un sentido más allá de su magia virtual. Esa energía hay que aprovecharla en favor de los jóvenes que corren el riesgo de idolatrar a las nuevas máquinas, que por sí mismas carecen de los valores –sean estos positivos o negativos– que tan necesarios les son en su formación.

Poco nos ha costado a todos engancharnos al teléfono móvil, a los múltiples mandos a distancia que manejamos a diario; o estar a la última sobre los nuevos avances de la ciencia. Pero todos entendemos que los artilugios no son un fin en sí mismo, que nos son útiles y, a veces necesarios, para satisfacer otras metas: el descanso, el ocio, la comunicación, la salud o para desarrollar la solidaridad o las ansias de libertad. La tecnología nos debe permitir, esencialmente, una mejor comprensión de nosotros mismos y de los seres que nos rodean, que ya son todos.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 3. 26/02/2002

Estamos en contacto todos los días con nuestras Administraciones -porque efectivamente son “nuestras”- y casi no las conocemos. Las vemos como fuente de problemas, pero también como origen de bienestar, aunque esto no se lo solemos atribuir a ellas sino a los servicios que prestan: educativos, sanitarios, sociales, culturales, etc. Decimos esto y aquello de los funcionarios, casi siempre en un tono despectivo, pero valoramos de una manera muy alta, por ejemplo, a los profesionales de la medicina o de la educación que son... también funcionarios.

Esta aparente contradicción debe servir para que veamos a la Administración como lo que es: un conjunto de personas cualificadas cuyo fin es servir al ciudadano que les paga. Sólo desde esta perspectiva podremos reclamar nuestros derechos y ayudar a mejorar algo que es nuestro. Creo que el cambio en la Administración lo hace el ciudadano o sino no se hace. Pensemos que la Administración es la organización en las sociedades avanzadas que más conocimiento y más profesionales especialistas poseen. Este poder no sirve para nada si no es puesto al servicio de cada uno de los ciudadanos. Tenemos que recordárselo, a veces, a los funcionarios, pero siempre a los políticos, especialmente a los que tienen visión a corto plazo, se acomodan fácilmente o no quieren responsabilidades

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 4. 26/02/2002

Le pedimos a la Administración en muchas ocasiones que actúe como la empresa privada. Cuando apuntamos esto queremos decir que se elimine la burocracia, la duplicación de trámites, el excesivo papeleo, la lentitud de los procedimientos, la falta de información y de claridad en respuestas y la distancia con la que se nos trata a veces en las oficinas públicas. Sin embargo, estas quejas también las encontramos en grandes servicios privados como la banca, las compañías eléctricas, de telefonía o las compañías de seguros. Baste pensar, por ejemplo, en la tramitación de un crédito hipotecario.

Lo que sucede es que la Administración en algunas de sus áreas no ha avanzado al ritmo de los cambios de la sociedad. Y a veces esto no es excesivamente malo. La rapidez puede estar reñida con la publicidad, con la exigencia de garantías y con la igualdad, por ejemplo, en la concesión de una beca o una ayuda.

En la Administración sí se sabe cuando algo se ha hecho mal y cuándo hay trámites innecesarios; y los primeros que desean cambiarlo o modernizarlo son los propios funcionarios, aunque quizá su reacción instintiva sea la de protegerse.

Las cosas están cambiando y todavía lo harán más si el ciudadano utiliza los servicios de quejas y sugerencias, las organizaciones de consumidores y el voto en las elecciones. La resignación genera impunidad y ésta es la coartada de los pocos que hay en la Administración que no creen en su servicio público y de los políticos tradicionales.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 5. 09/04/2002

Cuando hablamos de internet parece como si lo hiciéramos sobre algo ajeno a lo que siempre hemos conocido. Lo que ofrece internet es poner todo y a todos en comunicación. Es decir, desarrolla hasta lo impensable la capacidad de obtener información, convertirla en conocimiento y transmitirla. Esto es algo que la Humanidad viene haciendo desde que se pintaron las primeras manchas en Altamira o, especialmente, desde el momento en que el hombre empleó la palabra. El poder de internet es a la vez nuestro miedo: no controlar el origen de la información ni nuestros interlocutores. En pocos años hemos pasado de un entorno de comunicación casi familiar al infinito; de almacenar lo que conocemos en nuestras mentes y bibliotecas, a tener extensiones de una capacidad de memoria muy superior a nuestro cerebro.

Esto nos lleva a tener miedo a lo que no podemos controlar, y es que, es cierto, el nuevo mundo no se puede dominar en los términos antiguos. La incertidumbre nos hace replegarnos y contemplar muchas veces las revoluciones tecnológicas como una agresión a nuestra persona. Y es que resultaría realmente pavoroso pensar que no somos nada más que un bit de información en una máquina gigantesca. Pero lo cierto es que ese pensamiento sólo muestra la magnitud del cambio que estamos experimentando. Y ya se sabe que no hay cambio sin crisis.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 6. 09/04/2002

La enorme proliferación de aparatos de comunicación, desde el televisor hasta el teléfono móvil o el PC, no puede menos que hacernos reflexionar sobre el miedo que tiene el ser humano a la soledad. El móvil es un instrumento claramente urbano que trata de romper la soledad y, a veces, la vaciedad de la vida en un entorno hostil, la ciudad, para el animal que es el hombre. Más que hablar por el pequeño instrumento gritamos para que nos oiga nuestro círculo de amigos o familiares, para que sepan donde encontrarnos; para no perdernos. De ahí el éxito entre los más jóvenes del móvil: protegerse dentro de su grupo de lo que no controlan, de lo que no les gusta.

Los críticos a las nuevas tecnologías plantean que éstas nos hacen perder nuestras señas de identidad. Pero creo que el verdadero miedo es sumergirnos en un cambio en el que no tenemos la iniciativa. Aunque esto no significa que no podamos tomar el timón de nuestras vidas para conducir las donde más nos convenga. Esta es la gran oportunidad que se nos ofrece en el momento actual. De esta manera, el cambio tecnológico no implica necesariamente renunciar a nosotros mismos, aunque para algunos, todo hay que decirlo, puede ser una magnífica excusa.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

La Administración pública aparece ante nosotros como un gran edificio inabarcable con muchas puertas bajas por las que pasamos agachados para encontrarnos, casi siempre, perdidos al otro lado. En los últimos años, los cambios de nuestras Administraciones que ha percibido el ciudadano no han ido más allá de la decoración de las oficinas, o de que nuestros políticos se empeñen en que conozcamos quiénes son los que nos atienden, pero no lo que hacen ni para qué.

El lenguaje administrativo pone de manifiesto el escaso interés que tienen nuestros dirigentes políticos y administrativos porque les entendamos. Ahora éstos propagan que será la teleadministración, a través de internet, por supuesto, la que solucione este alejamiento, mucho más eficaz que las viejas ventanillas. Claro es que para eso tendremos que entender primero la jerga incomprensible tras la que se esconden los responsables de nuestras instituciones públicas. Ni que decir tiene que es mucho más rápido echar mano de un conocido, amigo o pariente funcionario o político para que nos ayude en una tramitación, que usar los elaboradísimos, costosos y redundantes recursos de atención al ciudadano que tienen cada una de las Administraciones, sin conexión entre sí. La ventanilla única ya es historia.

VERSIÓN B

Cuando entro en una Administración Pública siempre me duele la espalda. Primero por la sensación que tengo de cruzar una puerta muy bajita, como para niños – quién no se siente un crío ante un mostrador-; además, porque me tengo que estirar para leer los nombres de los funcionarios, que suelen estar estratégicamente ocultos detrás de un tiesto o de la foto de las vacaciones. Y luego, no sé si les pasa también, la sensación de encontrarme perdido en el espacio interestelar. Eso sí, hay que reconocer que las oficinas han quedado bonitas con esa decoración del tipo “el futuro hoy” o de la película “Gattaca” que las hace parecer todas tan iguales, pero tan distintas.

Después está lo del lenguaje. Les aseguro que me esfuerzo en que mi cultura sea algo superior a la de los éxitos de la televisión. Pero no hay manera. Perdónenme, pero no me logro poner con lo de la “cuota ajustada positiva” ni con el “adjunto remito”. Debo encontrarme enfermo. Menos mal que nos queda la teletramitación, a través de internet, por supuesto. Ayer mismo un político informó que así nos van solucionar todos los males. Mientras tanto me las arreglo con mi cuñado que tiene no sé que puesto, pero es el que nos echa una mano en la familia cuando nos llega un papel con membrete oficial. Pero a este paso voy a tener que emparentar con más agentes de lo público, porque con eso de la Administración única ya no vale con uno sólo. La ventanilla única ha pasado a la historia.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 8. 09/04/2002

Ya se sabe que no hay nada como cambiarle el nombre a las cosas para que todo siga igual. Yo no sé ustedes, pero a mí cuando me llaman cliente en una Administración o, peor, oigo decir esa palabra a uno de nuestros políticos en un anuncio sobre lo que nos tiene preparado –siempre en nuestro beneficio-, me entra flojera de piernas. Y es que yo no quiero ser cliente de un negocio donde no puedo pasarme a la competencia, cuando no me atienden bien o no me dan lo que considero que es mío. A mí lo que me gusta ser es ciudadano, con todos mis derechos y, como debe ser, con todas mis obligaciones.

Entre esos derechos está el de poder exigir responsabilidades a los políticos y funcionarios cuando el producto que me da mi Administración está en mal estado o ha encogido. Pero no cada cuatro años, sino en el momento; que luego caduca. Y quiero ser ciudadano porque así los políticos y funcionarios igual se enteran para quién trabajan y quién ha montado el negocio. Por eso tampoco quiero ser administrado.

A nadie le gusta tener obligaciones, pero como las relacionadas con la Administración las tengo que hacer me guste o no –sobre todo pagar mis impuestos-, ya que las cumpla también me gusta que hagan lo mismo los políticos y funcionarios conmigo, esto es, procurarme una vida más feliz. Raro que es uno.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 9. 19/05/2002

Tengo un amigo que lo destinaron hace tres meses a una ciudad grande española. Ha alquilado un piso, y ya saben el trastorno que supone darse de alta de la luz, el agua, el teléfono, el gas, etc. Pues bien, el lo ha logrado en un tiempo record, en menos de una semana ha conseguido hacer todas las tramitaciones por teléfono. Hasta se ha abierto una cuenta en un banco sin pisar una oficina. Bueno, todas las tramitaciones no.

Él es funcionario y todavía no ha cobrado la nómina. Y eso, como yo le digo que es de la casa. Me cuenta que ha tenido que ir varias veces a las oficinas de personal para presentar documentos que ya tenían en su trabajo de origen. Le han dicho que así es más seguro, que no fuera a ser que tardara más todavía en cobrar. Como es de dentro todo el mundo ha sido amable con él y le sonreían cuando él, con cierta preocupación, preguntaba cuándo iba a recibir la primera nómina. Así, me dice, que por papeles no ha quedado y ha presentado hasta la partida de bautismo, por si acaso. Una vez le preguntó a un compañero, eso sí, con mucha educación, si podía realizar los trámites por internet o por teléfono. Al otro casi le da un ataque de risa. Y es que, como le digo yo: a quién se le ocurre querer hacer las cosas a distancia, con lo cálido que es el trato humano.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 10. 19/05/2002

¡Por fin, ya era hora! Ayer vi un anuncio de mi Comunidad Autónoma en el que nos dicen que vamos a poder hacer nuestras gestiones por internet o por teléfono. Y es que a mí desde que me dieron una tarjeta de cajero automático hace ya veinte años no me pillan en una cola de un banco. Así que me conecté a la página de mi Administración y, efectivamente, allí estaba todo: trámites, servicios y hasta podía obtener las solicitudes por mi impresora. Estaba que no cabía en mí. Pero... mi gozo en un pozo. No había forma de enviar una instancia y mucho menos de pagar un impuesto o una tasa. Pensé que quizá fuera un error mío, así que llamé al teléfono gratuito que me indicaban. Al otro lado me contestó una voz de mujer joven a quien le conté lo que me sucedía. Muy amable me dijo que no, que no me había equivocado y que tendría que hacer mi gestión (“presencial” concretó) en alguna de las oficinas que pasó a enumerarme de un tirón. Le señalé que la publicidad me parecía poco menos que engañosa, pero me contestó que ella trabajaba en una empresa contratada y que atendía a varias compañías a la vez.

Al final he ido a la oficina que me dijo y la he encontrado preciosa. A la entrada me ha atendido una joven risueña ataviada con una llamativa chaqueta roja que me ha dado un número y me ha indicado una espaciosa sala de espera, donde hasta he podido ver la televisión mientras me tocaba el turno. Para que luego me queje de no saber dónde van mis impuestos.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 11. 19/05/2002

En el pequeño pueblo al que suelo ir algunas veces a pasar los fines de semana han impartido clases de formación en internet para todos los vecinos. ¡Ya era hora de que los habitantes de los pueblos tengan las mismas oportunidades que los de las ciudades! Han ido casi todos, desde la abuela de casi ochenta años al más joven que ya tiene cuarenta y dos años y sigue soltero. Ha faltado el tío Venancio, que le cuesta moverse porque tiene rota la cadera; aunque ya le queda poco para cumplir los seis meses de espera que le dijeron para operarle.

Les he preguntado que qué les ha parecido la experiencia y me dicen que ahora se sienten menos aislados. Claro es que siempre hay alguno que gruñe que “menos autopistas de la información” y más arreglar la carretera de acceso al pueblo, que lleva sin tocar veinte años. Los hay desagradecidos, le digo, porque ahora van a tener las mismas oportunidades de acceder a la información y al conocimiento que si estuviesen en Nueva York, y sin tener que moverse del pueblo. He vuelto a mi casa pensando en lo que han cambiado los pueblos en los últimos años y lo que van a cambiar. Hasta Alfonso, el más joven, me ha dicho que todavía será mejor cuando les pongan la línea de banda ancha que les han prometido que entonces sí podrá chatear y bajarse fotografías con facilidad. Serán las de los amigos, digo yo.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 12. 19/05/2002

El otro día vi un documental en la 2 sobre la democracia electrónica. La verdad que esto de la Sociedad de la Información o del Conocimiento no hace más que traernos sorpresas y adelantos. Comentaban que ya se podía votar desde casa sobre las prioridades del presupuesto público o dónde debe ir un nuevo polideportivo. No sé si los políticos se van a dejar, porque si no, pienso yo, a qué se van a dedicar.

En el reportaje han mostrado experiencias de algunos países más avanzados que ya han votado en las elecciones a través de internet o de unas tarjetas electrónicas que hacen las veces de papeleta. Lo que no entiendo muy bien es que en algunos de los países donde han experimentado la democracia electrónica esté llegando al poder, o subiendo mucho en votos, los partidos antidemocráticos, de momento sólo analógicos. Esto me ha dejado perplejo porque parece que los adelantos tecnológicos no tienen nada que ver con la democracia, a pesar de que todo el mundo se empeñaba en el documental en decir que se abría una nueva era a la participación democrática y no sé cuantas cosas más. Yo lo que pienso es que la tecnología, como en todo, puede ayudar pero que lo importante son las personas y lo que hacen; y en esos países lejanos parece que los ciudadanos se han cansado de que sus políticos no les hagan ni caso. Algo nuevo tendrán que hacer los políticos, pienso yo.

Manuel Arenilla, para "Radio 5 todo noticias".

RNE 13. 18/06/2002

Ya saben como son las reuniones familiares: besos al empezar y promesas de no volver nunca más al acabar. Todo comenzó porque mi sobrina inicia el curso que viene el colegio, y pocos temas hay tan dados al dogmatismo como la educación. Las posturas estaban encabezadas por mi cuñada, la maestra, a favor de la enseñanza pública y mi hermana, también funcionaria, a favor de la privada. Aunque a favor, a favor de algo nadie estaba sino más bien en contra de lo que dijera el otro. Vamos, lo normal.

La novedad era que esta vez estaba el nuevo novio de mi cuñada la pequeña que estudia Sociología y hace prácticas en el CIS. Sus argumentos eran: que una buena parte de los españoles cuando dicen "público" se refieren a "gratuito"; que no es lo mismo "público" que con "financiación pública"; que una buena parte de los funcionarios envían a sus hijos a colegios concertados, -mi cuñada la maestra, sin ir más lejos-; que hay más demanda proporcional en los colegios concertados que en los públicos. Vamos, que vino a decir que la gente dice una cosa y hace otra bien distinta en los temas que le importan. Algo apuntó sobre declarar en las encuestas lo políticamente correcto. Aquello, claro, no sirvió para calmar el ambiente, y es que en estos temas todos vamos con el chip del estereotipo puesto. Al final se quedaron hablando mis cuñadas. No sé qué le oí a la mayor decir que de dejarles el apartamento en la playa unos días, nada de nada. Pobre chaval, le habían suspendido en Sociología de la Familia y él sin enterarse.

Manuel Arenilla, para "Radio 5 todo noticias".

RNE 14. 18/06/2002

No sé qué vamos a hacer con todo el tiempo que dicen que nos vamos a ahorrar con los adelantos de la Sociedad de la Información. Yo, queriendo estar a la última, me he comprado o me han regalado para mi cumpleaños un montón de nuevos artilugios. Y la verdad es que tiempo no sé si he ahorrado, pero sí que se me pasa volando. Primero hay que leerse todas las instrucciones, para lo que es imprescindible saber antes manejar los aparatos, porque ya nada viene en el llamado “soporte papel”; luego haber aprendido un extraño y espantoso lenguaje –por cierto: a ver si le meten mano a esto las autoridades-; después hay que “cargar” los nuevos programas y esperar que “corran” bien; aunque algunos ni se mueven a pesar de la compatibilidad anunciada; además, hay que conectar los aparatos unos con otros. Yo tengo mala suerte, porque a cada uno nuevo que tengo no le valen las conexiones anteriores. A mí me recuerda a lo de la vía ancha y lo de la estrecha que me contaban en el colegio, me refiero a la de ferrocarril. Será otra vez para que no nos invadan.

Cuando has hecho todo esto te das cuenta que, efectivamente, has ocupado todo tu tiempo libre. Ahora bien, el ahorro comienza de verdad cuando llevas la agenda electrónica encima y la puedes conectar al móvil. Así se ha conseguido que todo el mundo ahorre tiempo en las cafeterías, el en cine, en los restaurantes, en el coche y hasta en la playa -que yo los he visto-. He guardado todos los artilugios y he vuelto a la agenda de papel: ¡Qué silencio!

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 15. 18/06/2002

Por las mañanas, mientras leo la prensa en internet, escucho alguna tertulia en la radio. Siempre me ha llamado la atención la capacidad que tiene la gente para opinar de todo y de pedir, además, que se le respete aunque diga las mayores barbaridades. Confundimos habitualmente -y algunos interesadamente- el derecho a expresarnos libremente, con que se respete lo que se dice en el ejercicio de ese derecho. El resultado es un guirigay de opiniones que alcanzan mi asombro cuando se habla sobre la Administración pública y sus empleados. En estos asuntos no se sale de los tópicos del “vuelva usted mañana” de Larra escrito hace ciento setenta años.

Lo más curioso es que una buena parte de los contertulios son –en activo o en excedencia- funcionarios en sus diversas modalidades: profesores, jueces, fiscales, médicos, periodistas de entes públicos, etc. Mención especial merecen lo ex-políticos opinando sobre los males de la Administración pública española. Nada, que parece que mientras estuvieron en el cargo debieron pensar que estaban al timón de un crucero de “vacaciones en el mar” y que el barco se movía solo. Claro que también son muy distintos la vista y el ambiente desde el puente de mando que desde la sala de máquinas. En algunas de sus intervenciones se deja caer que no llegaron a buen puerto por la nave y la tripulación que tenían. ¡Qué no harán en otras condiciones! Pero a pesar de todo, casi todos anhelan volver a ese barco. Será por el uniforme y la gorra de capitán.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 16. 18/06/2002

He seguido con cierto detenimiento las elecciones que se han celebrado últimamente en diversos países centro y norte europeos. Se han dado muchas explicaciones al ascenso de los partidos antidemocráticos, pero pocas tienen que ver con la relación entre el ciudadano y la Administración pública.

A los ciudadanos se nos acostumbra a ver desde el poder político como electores o administrados, pero no en nuestra faceta de alumno, enfermo, receptor de una ayuda o subvención, automovilista, joven, anciano, etc.. Es esto fundamentalmente lo que somos casi toda nuestra vida ya que dedicamos poco tiempo a la actividad política; y aquí es donde he oído que algunos expertos señalan la explicación del problema actual: la apatía nos lleva a los ciudadanos a no participar en la vida política al margen de las elecciones, y esto pone en peligro la democracia. No sé, pero yo creo que la clave podría estar en buscar a los que tienen encomendada la responsabilidad de dirigir la sociedad, y no culpar a la gente corriente, que si está apática por algo será.

Cuando fracasa la política hablamos de defender la democracia. La democracia es una idea que se defiende sola si las instituciones y personas que le dan forma empiezan por lo fácil: dar un buen servicio al ciudadano en sus múltiples facetas. Cuando se vaya haciendo esto, será más fácil que creamos a los que dicen las grandes palabras, como democracia o futuro, y que, entonces, nos ilusionemos. La pregunta es si los resultados electorales no nos estarán hablando de la urgencia de encontrar un nuevo estilo de políticos y de hacer política.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 17. 18/06/2002

Ahora que los coches han incorporado la sexta marcha, en internet todo va a dos velocidades. Yo, que no soy un experto en la materia, creo que tiene que ver con lo de los unos y los ceros del lenguaje digital; ya saben: uno pasa la corriente, cero no pasa. Me he puesto a pensar en ello mientras me ha pillado el atasco de la playa.

La corriente les pasa a los que pueden comprar las nuevas tecnologías; a los que tienen más estudios; a los que viven en las ciudades; a los que pueden pagar un ancho mayor de banda; a los más jóvenes. Y no les pasa al resto. De repente, he caído que es como siempre ha sido.

Como se nos habla todo el día de una nueva sociedad y de una nueva economía queremos olvidar el presente y esperar a ese momento en el que todo sea digital, feliz y sin problemas. Y realmente todo siempre ha sido digital, pero con los mismos problemas. La novedad es que estamos aceptando como irreversibles las situaciones de marginación actuales. Nada puede molestar al avance del progreso y así, llevamos banda ancha a los pueblos mientras cerramos sus escuelas por falta de niños; alfabetizamos digitalmente a personas que han sido arrojadas del mercado de trabajo; premiamos la innovación mientras crece el fracaso escolar y familiar.

Ahora que el sol aprieta más he pensado, igual son calenturas mías, que la solución puede estar en los que manejan el interruptor digital. A ver si les recordamos que tienen que dejarlo encendido siempre para todos.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 18. 18/06/2002

Estoy estos días haciendo una lista con las cosas que tenemos que llevar a la playa. ¡Cómo han cambiado las cosas desde que éramos niños! (¡y parece que fue ayer!). Antes nos valía con un cubo, una pala, un rastrillo, las sandalias cangrejeeras, un balón y un flotador para pasar el verano. Eso y acercarnos al quiosco a comprar los polos. Durante el viaje cantábamos canciones y adivinábamos el color del próximo coche. Ahora la Sociedad de la Información lo ha cambiado todo y dicen que para mejor.

Los problemas de las vacaciones ahora son otros: si el apartamento tendrá buena orientación... para el móvil; si tendrá línea telefónica para conectarse a internet con el portátil; que qué juegos se llevan para la videoconsola y si se lleva más de una; pactar el tiempo de juego y el dinero que se pueden gastar en el móvil los niños... En fin, muy innovador.

Todavía me acuerdo cuando llegábamos por primera vez al apartamento y todos íbamos corriendo a las ventanas a ver qué vistas tenía y a elegir primero la cama antes que el sofá. Ahora parecemos de un equipo de medicina forense: miramos el zócalo para encontrar qué tipo de enchufes hay; damos la vuelta al televisor para ver qué conexiones tiene y si va a servir alguna de las cuatro que hemos traído; y mi hija va por las habitaciones como si midiera la radiactividad para detectar cuál es la que tiene mejor cobertura. Ahora las vacaciones son digitales, lo que permite que mis hijos se comuniquen con seres virtuales olvidándose de los naturales. Eso sí: esto cuesta un dineral, pero alguna desventaja tenía que tener.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 19. 10/08/2002

No sé si se estarán dando cuenta de que este verano entre las noticias del tiempo y de la actualidad más o menos lánguida de la estación se van colando poco a poco otras que nos cuentan lo felices que vamos a ser en el 2008 o en el 2015. Se trata de lo que en la jerga política se llama “calentar motores” ante las próximas elecciones. Por cierto, que la proximidad de las elecciones depende de a quién preguntemos: “Demasiado cerca” para el político que se barrunta que no va a seguir; “ya están aquí” para la oposición anhelante; “unas elecciones más” para el cargo que cree que va a repetir; y “¡otra vez elecciones!” para el resto de los mortales.

Algunos ciudadanos piensan que los políticos se van de vacaciones, cuando en realidad se van de declaraciones; y si algo les gusta más que el coche oficial es una buena promesa electoral. Así, un inocente curso de verano sobre domótica puede ser una buena ocasión para dejar caer en el académico escenario que tal partido tiene previsto para el 2015 que todas las poblaciones de más de 5.000 habitantes estén unidas mediante un ancho de banda de internet que para sí lo quisiera la NASA.

Ya se sabe que las promesas electorales están para no cumplirlas. Bueno, eso es lo que dicen los políticos cuando ganan, porque cuando están en la oposición dicen lo contrario. A los ciudadanos, que están bastante hartos de incumplimientos, les gustaría saber qué medios se van a emplear para llevar a cabo esa promesa y el resto durante la legislatura que votan. Un cambio interesante de discurso para las próximas elecciones, que seguro que sería agradecido por los votantes de a pie, sería introducir una coletilla final en las promesas electorales: “y si no lo logro dimitiré”. ¡Esas sí que serían unas elecciones interesantes y baratas!

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 20. 15/08/2002

La Administración pública está compuesta por una cantidad de departamentos especializados con personas que han sido seleccionadas y formadas para trabajar en cada uno de ellos. Nos encontramos, así, con letrados, médicos, profesores, ingenieros de las más diversas especialidades, bomberos, policías, guardas forestales o trabajadores sociales. Esas profesiones, como sucede en las empresas, son imposibles de intercambiar. El ciudadano valora positivamente la especialización y la profesionalidad de los empleados públicos otorgándoles por ello una importante legitimidad en su quehacer público.

Pero todo lo anterior parece que no sirve cuando hablamos de los jefes políticos de la Administración pública. No es infrecuente observar en el curriculum del recién nombrado preboste que su cargo no tiene nada que ver con lo que ha desempeñado anteriormente –si es que antes tenía un trabajo conocido-. Nos encontramos con que exigimos la máxima cualificación a los empleados de la Administración mediante duras pruebas de ingreso y normalmente un largo desarrollo profesional para acceder a puestos de responsabilidad, mientras que a sus jefes sólo se les pide que tengan la confianza del que los nombró. Todo se justifica en que eso es lo propio de la “política” y de la profesión de “político”. Curiosamente esta profesión no se rige por algunos de los valores de las otras como es la responsabilidad o el de la especialización en un área concreta. Por eso no es de extrañar que ese tipo de político sea el primero en despotricar contra la Administración que le da empleo y sueldo. Tiempo tendrá para demostrar su valía profesional cuando lo cesen.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 21. 15/08/2002

Un amigo mío está pensando en “meterse a político” ahora que se aproximan las elecciones locales y muchas autonómicas. El cree que méritos no le faltan: sabe hablar en público –es un comercial de coches-, tiene un alto espíritu cívico –cuando era joven corrió delante de los grises- no tiene antecedentes penales y los deslices de juventud o de mayorcito parecen bien guardados; incluso su cuñada le ha dicho que salió resultón en el vídeo de la primera comunión de su sobrina. Hay que reconocer que no está mal para empezar. Claro que yo le digo: pero si no militas en ningún partido. Me dice, con profundo conocimiento de la cosa, que eso no es absolutamente necesario, que para eso están los independientes. ¿Independientes de quién? Le replico. Me cuenta que lo está pensando; de momento ha ido a hablar con un compañero del colegio que ocupa un cargo en el partido que gobierna y también con un primo que está en la oposición.

Concluye que necesitan caras nuevas y que la suya no está mal y que con el don de lenguas de vendedor que tiene y a toda la gente que le ha vendido un coche, y alguna moto, en su vida tiene muchas posibilidades. Hasta se ha puesto a dar mítines en el salón de su casa por lo de Perejil ante el enfado de los pequeños que quieren seguir viendo Pokémon en la tele. Pero él todo lo ve como sacrificios de su nueva vocación. Por la noche hace cábalas con su mujer del futuro que les espera: ella de concejala consorte, diputada regional o, quien sabe, incluso consejera. Ella le dice que el trabajo seguro que se meterán con ella y que los conocidos no harán más pedirles cosas. Pero él ya se ve en su coche oficial, escoltado, siendo la envidia del mosquito muerta de su cuñado que se da mucha importancia porque es el secretario del Alcalde. Y así se duerme todas las noches. Su mujer me ha dicho que ronca a los compases del himno nacional.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 22. 20/08/2002

No hace mucho tiempo había un entusiasmo generalizado por las nuevas tecnologías y por su aplicación, que se presumía infinita. Empezaron a surgir por todos sitios nuevos proyectos de tele-gestión y de tele-administración, incluso de gobierno electrónico. Pocos eran los que conocían realmente de lo que se trataba pero fue como una epidemia. Un día nos levantamos con la crisis de las empresas.com y así seguimos hasta hoy. Para casi todos no ha sido sino una moda que nos ha dejado más pobres y una serie de juguetes caros. Se ha confundido el qué con el para qué.

Sabemos que Gutenberg no se hizo rico con la imprenta y que para que hoy triunfe Bill Gates muchos han quedado por el camino. Lo que siempre ha importado es la capacidad de transformación que las nuevas tecnologías tienen sobre la sociedad y las instituciones. El abandono del fervor inicial ha llegado muy pronto a algunas administraciones que, después de sus primeros escauceos, se sienten traicionadas por un amante al que no han comprendido. Lo más probable es que el tiempo no las perdone.

Quizá haya que pensar que realmente lo que no hay es voluntad de cambiar las estructuras administrativas y políticas. Éstas tienen su origen con la anterior gran revolución, la Francesa, que a su vez enlaza con la modernidad que tiene en la invención de la imprenta uno de sus hitos. Estamos, pues, en medio de una nueva Revolución, sólo queda saber a quién va a beneficiar.

Manuel Arenilla, para "Radio 5 todo noticias"

RNE 23. 29/09/2002

Me han dicho de buena tinta que el lío entre la Pasarela Cibeles y el Salón Gaudí se va a arreglar definitivamente. La solución pasa porque en uno de ellos desfilen en exclusiva los políticos y sus familias. La idea es ingeniosa y útil porque no hay colectivo más numeroso que se dedique a actos públicos de todo tipo. Y la verdad es que hay que ir vestido para la ocasión. Las fiestas patronales y las recepciones, en especial las de fuste, son momentos críticos donde realmente se juega uno el futuro político. Ante esta sugerencia he respondido que lo más práctico es que fueran de uniforme como los militares o los obispos y me han respondido que de eso se trata, pero en moderno.

Los diseñadores analizarán la esencia del trabajo político y propondrán soluciones integrales que comprendan desde el pelo y el bronceado, hasta los zapatos; y desde el titular del cargo hasta la hija pequeña cuando le toque ir al juego floral de que se trate. Imagínense el despegue de la industria textil española diseñando trajes para las familias de los políticos: tomas de posesión, atuendo para ceses de amigos y enemigos (según), orador en la tribuna; ante las cámaras de televisión (distinguiendo si se está ante la local, la autonómica, la nacional, las privadas o la de pago), fiestas patronales, partidos de fútbol, toros, boda de postín, vaquillas, misa y procesión, comida informal de partido, marcha pro algo, mitin cubierto o al aire libre, etc. Además hay que contar con las estaciones del año y la climatología. Bien mirado el nivel político español ganará mucho. Ahora sí, esto hay que aprobarlo en el Parlamento y por consenso, porque luego siempre hay alguno que quiere dar la nota.

Manuel Arenilla, para "Radio 5 todo noticias"

RNE 24. 29/09/2002

El llamado “síndrome posvacacional” tiene una variante que se refiere a la era tecnológica que nos ha tocado vivir. Estarán conmigo que el mundo de internet es claramente evocador de actividades vacacionales. Navegar por internet, por ejemplo: uno se desliza por lugares e imágenes inalcanzables por otro medio—en especial las personas—; es como un mundo paralelo y deseable. “Chatear” es como hablar con la compañera de barra en el chiringuito de la playa, sólo que sin ver sus evidentes carencias y sí imaginándonos todas sus virtudes. Hasta el nombre de “ratón” evoca al leve ruido que se esconde entre los matorrales del campo mientras nos echamos la siesta bajo un rumoroso árbol en verano.

El mes de agosto me he quedado de rodríguez telemático y les confieso que ha sido una gozada. Más que navegar volaba por las olas de internet; los bites en forma de mp3 entraban raudos en la bodega de mi ordenador y el mar aparecía despejado y azul; y se podía atracar en cualquier puerto. El cartero informático ya no te acosaba con propaganda basura y hasta había menos cookies que de costumbre. Pero, de repente, un día ya no se navegaba en un velero sino en un remolcador de puerto. Habían acabado las vacaciones, empezaba septiembre y la red se encontraba como las calles de las ciudades: atascadas y sin aparcamientos. Vamos, que nos convencen para adquirir una tarifa plana en banda ancha y sólo funciona cuando no la usamos. Me han dicho que esto pasa aquí, porque en otros sitios hay veleros en internet todo el año. ¡Qué suerte tienen algunos!

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 25. 29/09/2002

Hay que ver como pasa el tiempo, en especial el político. No sé si notan ustedes como un cierto alivio en algunos miembros de la clase política cuando se acercan las elecciones. Se ponen en pose “lo que he hecho por este país (pueblo, ciudad, región o lo que sea)” y entran en una especie de trance inaugurador y de búsqueda de citas de personajes ilustres. Alguno pensará que son momentos de tensión los que preceden a estar incluido en la lista electoral o en el pensamiento del jefe del partido. Pero también hay mucho alivio: todo el mundo sabe que ya no se está para otra cosa que para la cita electoral y se crea un vacío alrededor. Se aparcan los proyectos y los planes, se orienta el gasto a las cosas que “venden políticamente” y se despide uno de los amigos y de la familia para dedicarse a la inversión más productiva de un político: la carrera electoral.

Bien mirado es que una legislatura no da para nada. Después de las elecciones hay que tomarse un tiempo para agarrar las riendas y... para descansar de la campaña y la lucha electoral —la peor es contra los propios del partido—; mientras, hay que formar un equipo leal... a uno mismo, evitando cuidadosamente que nadie le haga sombra. En esto llega la elaboración del presupuesto del año siguiente y también el momento de comprobar que el dinero está casi todo comprometido por el antecesor y que poco puede hacerse de lo que se había anunciado en las elecciones. Pero de planificar, lo justo, no vaya a ser que se den pistas a la oposición y a los competidores del partido y encima haya que cumplir lo escrito. Cuando uno se quiere dar cuenta sólo queda un año para las elecciones y es el momento de preocuparse de nuevo de la continuidad. En la siguiente legislatura habrá más tiempo para hacer lo que no hemos hecho en ésta. Y es que cuatro años, como dice el tango, no son ná.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 26. 29/09/2002

No creo que haya mundos más contrapuestos que la política y la sociedad. Si cotejamos lo que los políticos piensan de su labor y lo que piensan los ciudadanos, los primeros se ven a sí mismos como personas que luchan por sus ideas con el fin de resolver los problemas de sus conciudadanos; pero éstos, según el CIS, los ven como personas ambiciosas que buscan el poder y la influencia y que cada vez les representan menos.

Claro es que también ser político lleva lo suyo. La mayor parte de los diputados de Cortes Generales no están de acuerdo con la disciplina de voto de los partidos, lo que enlaza con lo que expresan los ciudadanos, que sistemáticamente califican a los partidos como la institución menos valorada. Esto lleva a algún autor a hablar, quizá exageradamente, de Estado de partidos y no de Estado democrático. De ahí que en los últimos veinte años en España la política no haya interesado nunca a más del 30% de los ciudadanos, siendo todavía menor este porcentaje entre los más jóvenes, y estando al mismo nivel del interés por los sindicatos y las campañas electorales. Esto no impide que éstas se sigan haciendo como siempre. Por eso el sentimiento generalizado de los españoles sobre la política es la desconfianza y el aburrimiento.

En encuestas realizadas en España, Israel y el Reino Unido los políticos son los profesionales considerados menos veraces por los ciudadanos. La forma de hacer política hoy todavía se salva porque los ciudadanos valoran por encima de sus representantes principios como la igualdad, la libertad y eso saben que sólo se puede conseguir con la democracia y sus instituciones; pero cuando se cuestionan éstas, es la misma democracia la que se encuentra en peligro. Terrible paradoja la de que quienes tienen como misión procurar el bienestar de sus conciudadanos se vean despreciados por éstos. La solución está en que la mayor parte de los políticos asuman su responsabilidad y transparencia y que atiendan a las verdaderas necesidades de los ciudadanos. Las que todos sabemos.

Manuel Arenilla, para "Radio 5 todo noticias"

RNE 27. 22/11/2002

El otro día asistí a dos reuniones relacionadas con la Sociedad de la Información. En la primera se trataba la cuestión de la enseñanza a distancia por internet (e-learning); y por la tarde el tema era la cuestión de las nuevas tecnologías y la Administración pública. Me pareció ver un cierto despiste en los intervinientes en los dos actos – máximos representantes del sector tecnológico y de las Administraciones públicas–: en ambas reuniones flotaba la creencia que basta la tecnología para cambiar las cosas. No sé, a mi me parece que lo que hay es una cierta frustración porque no se han alcanzado los logros que se presumían al comienzo del estallido de internet, y por eso no se sabe muy bien qué hacer. Pero es que entonces se confió a la tecnología el cambio de la sociedad sin contar ni preocuparse de las personas que las iban a usar.

El éxito de los móviles hizo creer que todo iba a ser igual de rentable y de útil. Quizá nadie pensó que la gente ya usaba el teléfono y que lo que se les ofrecía era algo más cómodo pero con funciones similares. Por eso no hacía falta cambiar profundamente los valores y creencias personales y sociales para usarlo. Pero sí es necesario un cambio profundo para repensar el papel de la Administración pública en la nueva sociedad en la que nos encontramos; y también para situar, de verdad, al ciudadano y al usuario de las tecnologías y de los servicios, públicos o privados, por delante de las instituciones públicas y de las empresas.

Pocos años después de que el Consejo de la Unión Europea lanzara la estrategia e-Europe se ha constatado que ésta partía del viejo principio “cuanto más mejor” y que la apuesta por los móviles ha sido un error que está desviando recursos públicos y privados procedentes de otras infraestructuras. O nuestros dirigentes cambian de mentalidad o la brecha digital convertirá en insalvables la social, la de género, la territorial, la educativa y la económica. Pero no crean que todo fue negativo: los canapés estaban muy ricos y el vino era de Rioja.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 28. 22/11/2002

No dejan de sorprenderme tanto la Administración pública como sus integrantes. En esta era de las nuevas tecnologías le ofrecen a uno la información en internet y, después, no hay quien encuentre un teléfono a donde llamar y menos una cara a la que visitar. Parece que, si antes los responsables se agazapaban tras las ventanillas y puertas ahora lo hacen tras las pantallas de ordenador. Y luego está la cuestión de empeñarse en que internet va a arreglar la Administración y va a hacer más felices mágicamente a los ciudadanos. Sin entrar en la cuestión de que los ciudadanos no queremos pisar las oficinas públicas si no es para recibir algo o como sustituto barato del confesionario o del diván del psiquiatra, es que no se distingue entre lo importante y lo accesorio.

Cuando uno va a recibir a alguien en su casa, la limpia y la tiene arregladita y dispuesta. Pues no, en la Administración algunos dirigentes piensan que con decorar mejor las oficinas o contratar a una empresa para que sonría al abrir la puerta basta. El mostrador o el escritorio ante el que uno se sienta tienen que tener también detrás la casa arregladita y dispuesta; y en la mayoría de los casos no lo está. La razón parece evidente: dedicarse a limpiar y a ordenar no le gusta a nadie; y se tiene tan poco tiempo entre elección y elección... Además: ¿cómo se inaugura un mejor servicio? Esto es como querer bajar las escaleras de tres en tres, saltándose los escalones incómodos: al final lo normal es que uno se estampe contra el suelo.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 29. 22/11/2002

Reconozco que la realidad es más prosaica que los sueños. Los dirigentes políticos europeos vieron en la aparición de la Sociedad de la Información la solución a los problemas de los males de la Administración, de la democracia y de la economía. Invirtieron todo su discurso en el nuevo becerro de oro, o de silicio y fibra óptica en este caso. Inmediatamente los ideólogos de ocasión empezaron a poner la e de electrónico delante de todo como si el adjetivo fuesen más importantes que los sustantivos. Pero asevera el dicho que todo lo que sube baja. Así se desencantaron enseguida y empezaron a hablar de que el globo de las empresas “punto com” se había pinchado.

Unos años después de ese pinchazo podemos ver que lo que subieron fueron las esperanzas de esos dirigentes de huir de los problemas del día a día y de sus responsabilidades. Estarán conmigo que el término “democracia electrónica” parece más atrayente que el de lucha contra la pobreza; o el de “gobierno electrónico” es más impactante que el manido de “eliminar las listas de espera”. Alguno pensará que ahora los políticos se han quedado sin discurso; pero no. Lo que se ve venir es la idea de “devolución”. Para algunos significa incrementar la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos; para otros adelgazar el Estado y fortalecer la sociedad. Para mí se trata simplemente de que algunos dirigentes políticos quieren eludir las responsabilidades que los ciudadanos les han atribuido a ellos solos elección tras elección. Ningún grupo social o empresa

puede representar al interés general de los ciudadanos, pero sí las instituciones políticas. Con la idea de devolución lo que está en juego es la preservación de los principios de libertad, igualdad y solidaridad. A algunos les parecerán ya anticuados, pero otros les hemos cogido cariño.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 30. 22/11/2002

Tengo un compañero de trabajo que es un forofo de internet y quiere que todo esté en la red. Últimamente está un poco desanimado porque se ha enterado que no va a poder votar electrónicamente en las próximas elecciones locales y autonómicas; ni siquiera con una tarjeta. Él cree que es una confabulación de la clase política que de esa manera no podría pastelear, según dice él, en las mesas electorales. Yo le digo que es un exagerado, que se trata de que las cosas hay que hacerlas poco a poco y que seguro que los partidos políticos están trabajando en otras prioridades como hacer las listas electorales abiertas. No puedo reproducir lo que me contestó; pero me dejó pensando en el asunto.

Hoy en la era internet nos encontramos con grandes dificultades para conseguir, por ejemplo, los nombres de los responsables de las instituciones políticas y administrativas en internet, y ya no digamos sus teléfonos. La mayor parte de las veces ni siquiera se actualizan los datos regularmente. Es como si usted va al quiosco a comprar el periódico y le dan uno de hace tres meses. Si esto pasa con un simple directorio, parece lógico que los partidos piensen que “los experimentos, con gaseosa” al hablar de elecciones. Pero es que con gaseosa parece que funciona todo y así perviven y se incrementan los males endémicos de nuestro sistema político y de la Administración: escasa participación, apatía, descrédito de la clase política o de los sindicatos, ineficacia y alejamiento de los ciudadanos, etc.. Lo de menos es votar con papeleta de papel, con una tarjeta o mediante internet. Los ciudadanos declaran encuesta tras encuesta que quieren que las cosas cambien y si se les pregunta bien hasta dicen cómo hacerlo. Eso sí, después de las próximas elecciones los brindis se harán, como siempre, con cava y no con gaseosa.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 31. 4/03/2003

Yo es que no aprendo con esto de la Sociedad de la Información; me lo creo todo. Díganme si no es para soñar la posibilidad de realizar cómodamente desde tu casa las tareas más ingratas de la investigación universitaria, hojear y ojear cientos de artículos de tu especialidad esperando encontrar aquél que arroje luz a tus sombras. El anuncio de nuestras universidades es cautivador: las bibliotecas son ya electrónicas y uno sólo tiene que introducir el nombre de la revista que quiere y automáticamente aparecen sus índices y los resúmenes de cada uno de los artículos; incluso se puede bajar directamente el contenido al ordenador. Vamos, que ya da lo mismo estudiar en tu pueblo que en Harvard; ni la biblioteca de Alejandría, la que se quemó, puede competir con esta tecnología del futuro hoy.

Pero, lo que no cuentan nuestras autoridades académicas –en tantas cosas parecidas a todas las autoridades- es que: hay que estar suscritos previamente a las revistas (ya saben, burocracia nada virtual); las revistas electrónicas están en su gran mayoría escritas en inglés, es decir, apenas hay revistas españolas o en español y cuando existen hay que olvidarse de conseguir resúmenes –abstracts hay que decir- y mucho menos el artículo en cuestión; y sólo se puede acceder desde las instalaciones de la Universidad respectiva, vamos que el investigador debe consultarlas en horario de oficina. Lo más sorprendente es que desde hace más de diez años a los autores se nos exige entregar nuestra producción en formato electrónico; supongo que para que una vez debidamente

convertida a la tecnología del siglo XV, acabe en la papelera electrónica o en el contenedor amarillo más próximo. En fin, que en España hay que trabajar casi como siempre se ha hecho: mal. Luego que no extrañe que la producción en español apenas cuente en el mundo.

Algo más que sorpresa causa el hecho de que esto sucede también y especialmente con las revistas editadas por nuestras instituciones públicas; sí, las mismas que dicen que tenemos que alfabetizarnos en la Sociedad de la Información. Lo que no dicen es que lo tenemos que hacer en inglés. Y es que el español parece que sólo sirve para presentarse a los exámenes de la carrera académica, para leer nuestros títulos y, no siempre, para dar las clases como los antiguos griegos. A la ciencia por la paciencia.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 32. 4/03/2003

Estoy desarrollando una experiencia interesante en el campo de la enseñanza virtual a través de internet y me está sirviendo para comprobar en la realidad aquello de que el soporte transforma al medio y a los que lo usan. Intervenimos una serie de profesores españoles y los alumnos pertenecen a una docena de países latinoamericanos. El curso trata sobre la gobernabilidad local, la democracia, la participación, la representación. Algo que para nosotros parece retórico y para ellos supone una bocanada de oxígeno y libertad.

Los destinatarios no siempre comparten todos nuestros valores y creencias culturales y aunque la lengua es la misma, presenta importantes variaciones en el lenguaje político-administrativo; y no me refiero sólo a las distintas acepciones de un término, sino al significado que a un lado y otro del Atlántico tienen palabras como democracia, ciudadano, Administración, política, políticos, bienestar. El idioma nos une pero nos separa la vida. Una vida que allí muchas veces no es.

También he constatado que la pérdida de influencia de España en América ha sido muy larga y profunda y no sé si lo estamos remediando bien ahora. Esto ha hecho que hayan tenido que mirar hacia el Norte e importar instituciones ajenas a su tradición –aunque impuestas- de más de trescientos años. Hoy la tecnología puede eliminar la barrera del mar, pero el acercamiento a América lo haremos, o no, buscando qué es lo que necesitan en sus vidas y ofreciéndoles nuestra experiencia y las ganas de aprender con ellos. No sé si esto es hablar de la Sociedad de la Información ¿o sí?

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 33. 4/03/2003

Veo a la clase política muy alterada últimamente. Tan afanosamente preparando las elecciones cada cuatro años para que venga el petróleo y lo ponga todo perdido. Y como no se sabe muy qué es lo que está pasando las lecturas que se hacen son de lo más curiosas. En primer lugar, para unos y otros lo que sucede es consecuencia de una causa exterior al sistema político: una mancha persistente que no se va ni con el jabón tradicional y un inminente conflicto sobre el que deciden otros. El pecado que achaca la oposición a los que están en el poder es, precisamente, éste: estar ahora en el poder. Vamos, que les ha tocado y hay que aprovecharlo para desgastarlos. Por su parte, la oposición es acusada de no ofrecer ninguna alternativa, salvo las oportunistas de rigor.

¿Pero qué piensa el ciudadano? En encuestas muy recientes, el CIS nos muestra que el actual gobierno no sale bien parado pero... tampoco lo hace la oposición. ¿Qué explica entonces el desgaste de la oposición ante los ciudadanos? Porque, el del Gobier-

no es claro: gobernar. Ya sé, ya sé que las encuestas electorales inclinan más, pero no mucho, los votos hacia la oposición. El ciudadano entiende que en las crisis actuales los políticos no han estado a la altura requerida; que no ha habido diferencia de estilos entre unos y otros en la forma de abordar los verdaderos problemas de los ciudadanos. El ciudadano se siente abandonado, desprotegido. Piensan, que la oposición se habría comportado de la misma manera (de hecho así ha sucedido en el pasado); que los actuales dirigentes no han mostrado ningún propósito de enmienda; que se hace lo de siempre: discursos, gritos y pancartas y manejo de los sentimientos profundos con la esperanza de que su movilización se traduzca en votos. Pero eso es tanto como pensar que el ciudadano sólo actúa en sociedad en clave electoral o que la conciencia social es patrimonio de una ideología concreta.

No sé si servirá para algo todo esto, permítanme que lo dude, pero si fuera así, la clave de la solución de la situación actual es mirar dentro del funcionamiento de nuestra democracia. Descubriremos que los ciudadanos están dispuestos a limpiar el betún de nuestras instituciones, pero ¿lo están nuestros dirigentes, todos sin excepción? Quizá prefieran alguna manifestación en contra de vez en cuando, porque otras lo serán a su favor.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 34. 4/03/2003

Esto de las elecciones se parece cada vez más a los ritos de apareamiento de las especies. Además, será una coincidencia, también se suelen celebrar en la primavera. Sin embargo, el objetivo de las posturas y los requiebros de los candidatos no son los ciudadanos. Eso viene después. Pero las energías y las mejores galas hay que reservarlas para antes, frente al ejemplar dominante de la especie a la que uno pertenece. En esta fase vale todo. Los políticos autistas durante años se vuelven locuaces para hacer saber que lo suyo era prudencia; los que han sido pillados con las manos en la pasta, lagrimean diciendo que se trata una maniobra para alejarlo de los favores del amado o la amada; los lenguaraces asemejan corderos degollados; los prepotentes apuntan a que en realidad se trata de firmeza; los pusilánimes destacan su lealtad al macho o hembra dominante. Y éste o ésta se hace querer y de rogar, se muestra evasivo atiende a varios pretendientes a la vez y el postulante sufre cuando no le mira o parece regalar sus atenciones a otro. ¡Cuánto sufrimiento hay en estos días a causa de los amores primaverales! No es de extrañar que algunos digan que a la política hay que venir llorado, aunque eso se dice para los otros y cuando se manda.

Pero como con la margarita, el líder acaba diciendo sí o no, cielo o infierno. En estos días se fraguan las fidelidades, coyunturales, y los odios, estos sí eternos. El ciudadano asiste al espectáculo con lejano interés, porque desde la distancia en la que le han situado todos parecen iguales. Aunque cada año traten de animar a la concurrencia con algo nuevo: que si primarias, cuotas, un famoso aquí y otro allá ...y, en esta temporada, se llevan las cremalleras, tan rápidas y cómodas de confeccionar y usar, tan sugerentes en las señoras y con algún riesgo para los señores. Claro que puestos a elegir, una buena botonera en la que se puedan reemplazar los botones defectuosos, aunque dé un poco más de trabajo, da más emoción al asunto del apareamiento. Electoral, claro.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 35. 5/09/2003

Me cuenta un amigo que ha estado estos días de viaje en otro país en el que se está produciendo un tenso debate político porque un importante político ha expresado lo que piensa. Bueno, en realidad la polémica ha surgido porque ha manifestado una opinión contraria a la dirección de su partido. He de aclarar que se trata de un país democrático y que como tal tiene garantizada la libertad de expresión para todos los ciudadanos y que, según me dice mi amigo, en su Constitución se exige que el funcionamiento de los partidos sea democrático. Algunos dirigentes del partido del discrepante le exigen que deje su acta de diputado y, parece ser, también le han abierto un expediente disciplinario.

Le he dicho a mi amigo que debe haber entendido mal el debate, ya se sabe por lo de la diferencia de idioma, y no me estoy refiriendo al de los políticos y los ciudadanos. Le digo que cómo va a ser eso cierto si los partidos aleccionan diariamente a los ciudadanos con la necesidad de participar en la vida política, con que la democracia la hacemos todos y que todos somos responsables de su marcha. Incluso se nos dice que la lucha por las libertades es un logro histórico de la democracia y, muy especialmente, la libertad de expresión. Pero él dice que parece ser que en ese país se mide la democracia por un doble rasero: hacia adentro de los partidos y hacia afuera. El que discrepa del grupo es un extraño y la justificación de su actitud sólo se puede encontrar en que es un traidor y que se ha pasado a los otros, y como en la película de Amenábar “los otros” están muertos y el que disiente también.

Me pregunto si en ese país ese partido va poder pedir en adelante a los ciudadanos que confíen en sus propuestas, porque a mí mi hijo no me haría ni caso si yo le exigiese algo y viera que yo me comportaba de forma opuesta. Bueno, ya se sabe que los niños son muy mirados para eso. Menos mal que esas cosas sólo pasan en el extranjero.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 36. 5/09/2003

Hace ya unos cuantos años tomé la decisión de utilizar la telebanca. En aquel momento se hacía por teléfono. Éramos unos pocos de miles que creíamos ser pioneros de una nueva era que entonces todavía se adivinaba.

La aparición de internet hizo que surgieran entidades virtuales que operaban con la misma filosofía: pequeños bancos muy operativos en los que el cliente no se sentía masa. Sin embargo, ese tipo de banca ha ido desapareciendo. Se nos ha ido empujando a los clientes a la banca más o menos tradicional. Alguien podría decir que es debido a que ésta ha adoptado generalizadamente Internet para realizar sus operaciones con los clientes. Sería la manifestación del triunfo de aquellas entidades pioneras. Esto puede ser cierto, pero también lo es que para que uno sienta un trato diferente y diferenciado tiene que ir a las oficinas porque se ha roto la conexión que había entre las ventanillas físicas y las virtuales. Se acabó el espíritu libre y hemos vuelto a la filosofía de lo grande y uniforme, aunque, eso sí, ahora cuando entramos en algunas oficinas nos tienen especialmente decorado un espacio para los que no queremos pisarlas.

La enseñanza de todo ello, creo, es que no han cambiado los usos de la banca porque esta se ha ido concentrando y que como en las grandes superficies hay menos productos en las estanterías virtuales que en las reales. La banca nos quiere ver en las oficinas para ver si de paso nos coloca un producto que no necesitamos y además justifica sus magníficas instalaciones. Si van a llevar razón los que dicen que lo mejor es guardar el dinero, el que lo tenga, en el calcetín.

Manuel Arenilla, para "Radio 5 todo noticias"

RNE 37. 5/09/2003

No corren buenos para dedicarse a la política, y no me refiero a lo mal considerada que está la profesión, si no a que no se sabe cómo acertar con lo ciudadanos. Y es que éstos parece que no saben lo que quieren. Cuando se les pregunta dicen una cosa y cuando se les hace caso se disgustan y manifiestan que los políticos no les comprenden. Así que muchos de éstos se dedican a lo suyo durante la mayor parte del tiempo. Y "lo suyo" es "hacer política" que consiste en tratar de llegar al gobierno, mantenerse en él cuando han llegado y poner pose de preocupados por la marcha de la sociedad, de esa sociedad que no les comprende.

No es de extrañar que esta situación lleve a más de uno a creer que deben comportarse como los actores y agradar permanentemente a su público, por lo que se preocupan más por los índices de audiencia y de aceptación que por la calidad de lo que están representando. Surge aquí el dilema de si al ciudadano hay que darle lo que dice que le gusta o si hay que educarle en programas alejados de la "telebasura" al uso. Para los que dicen hablar en nombre de la democracia, hay que darle al pueblo lo que pide.

En realidad el dilema planteado es falso: el ciudadano aceptará lo que le dan si no tiene otra cosa mejor, lo que no quiere decir que lo prefiera; y se les ofrece lo peor porque es lo más rentable, da igual que hablemos de televisión o de política. Hasta tal punto esto parece así que ya no es posible distinguir si los insultos que se oyen corresponden a un "reality show" o a un debate parlamentario. Lo peor es que la escenografía cada vez se parece más y empiezan a intercambiarse los papeles y los actores. Todos sea por el espectáculo, y , éste, ya se sabe, debe continuar.

Manuel Arenilla, para "Radio 5 todo noticias"

RNE 38. 5/09/2003

Tras cada elección política se suceden los comentarios y los análisis más especializado que suelen concluir en la importancia de la democracia para la vida cotidiana de los ciudadanos. Esto es indudablemente cierto. Sin embargo, hay una serie de datos preocupantes de los que apenas se habla. El más evidente es que en gran parte de las circunscripciones el primer partido votado es la abstención. Ésta se produce no en las zonas rurales y desinformadas sino, todo lo contrario, en las poblaciones que aparentemente tienen mejor acceso a la información. Hay ciudades en España, algunas muy grandes, que rozan últimamente el 50% de abstención. La llamada movilización popular con motivo de algún hecho inusual y polémico apenas hace que se acerquen a las urnas unos cuantas decenas de miles más de ciudadanos, como hemos visto recientemente. Lo peor es que empezamos a considerar exitosos índices de participación del 60%.

El efecto de todo esto es que hay una serie de colectivos y de espacios territoriales desenganchados de la democracia. Las medidas que se proclaman de participación para fortalecer la democracia lo que hacen es abocar a los ciudadanos a sentirse cómplices de una manera de gestionar la democracia con el que no están de acuerdo, por lo que, desde su perspectiva, lo coherente es la abstención. Quizá ya vaya siendo hora de no aceptar el vínculo entre la adhesión ciudadana a la democracia, inmensamente mayoritaria, y la aceptación de su funcionamiento. Si no se hace no es probable que las cosas cambien. Nadie cambia si cree estar instalado en la verdad.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 39. 5/09/2003

El otro día en una cena veraniega de amigos surgió una conversación muy entretenida sobre lo que significa ser progresista hoy. Ya se sabe que los españoles nos ponemos muy serios con estas cosas y que la profundidad de los argumentos corre paralela con el vino de la comida. Como había de todas las ideologías en la primera ronda se fue cauto. Incluso yo diría que respetuosamente democrático. Pero ya en la primera botella surgió aquello de las izquierdas y las derechas. Al abrir la segunda, alguien dijo que el progresismo es patrimonio de la izquierda. Claro es que no hubo acuerdo sobre esto, aunque, cómo no, sí lo hubo sobre que la cosecha de Rioja del 94 era impresionante. Pero a uno de los amigos se le ocurrió sacar el tema de qué es eso de ser de izquierdas. La verdad es que siempre ha aguantado mal la bebida. Hubo a alguno que aquello fue como si le hubieron mentado a la madre y mientras abría la tercera botella hizo un apasionado y, todo hay que decirlo, espeso discurso impregnado del materialismo histórico y la lucha de clases. En un arranque de vehemencia salieron despedidas las llaves del BMW nuevecito que acababa de comprarse y casi le dan a una amiga que no aguanta bien la mezcla de las añadas. Ese fue el momento en el que aprovechamos para pedir un par de raciones más de jamón ibérico.

A partir de ese momento empezaron a oírse las expresiones de “pijo”, “facha”, “rojo” y “ya se te veía a tí venir, hijo de papá”. El de siempre, que trabaja en una ONG subvencionada por el Gobierno, tuvo que poner calma y cambiar la conversación hacia el plan de vacaciones que íbamos a hacer juntos en Sancti Petri. Tampoco hubo acuerdo y después de pasar ya a las copas acordamos que era mejor ir a San José en Almería, aunque, eso sí, a un buen hotel con piscina, que la arena es un rollo. Los abrazos y jotas finales pusieron fin una típica velada en la que cada uno quedó convencido de sus posiciones. Hasta le dimos un buena propina al camarero boliviano. Hay que ver lo que hemos progresado todos desde COU.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”

RNE 40. 6/12/2003

Un conocido mío fue elegido recientemente concejal después de empeñarse en conseguirlo a fondo los últimos años. De hecho, logró desplazar de la lista de su partido a un veterano político. Me cuentan que éste, en el traspaso formal de poderes, le entregó tres sobres numerados y le dijo que no los abriera hasta que, cuando no supiera por dónde salir políticamente y en la soledad de su despacho, los fuera utilizando uno tras otro. Este conocido lo miró con aire de suficiencia y los arrojó al fondo del último cajón de su escritorio.

Las primeras semanas de su mandato los pasó en una nube. Todo era abrir de puertas, reverencias y moquetas. No recuerda que tuviese que limpiarse los zapatos salvo cuando venía de inaugurar alguna obra. Pero un día se dio cuenta de que las cosas no iban bien y observaba cómo en algunos momentos había silencios a su alrededor y que la prensa empezaba a cuestionar algunas de sus actuaciones. Así, que una noche se acordó de los sobres y buscándolos entre las fotografías oficiales encontró y abrió el que tenía escrito el 1. El texto era escueto: “comienza a prometer”. Así que durante los si-

guientes días se dedicó a contratar planes estratégicos y a hacer declaraciones sobre lo que iba a hacer en la legislatura.

Le fue bien durante una temporada y la prensa alabó su iniciativa y sus jefes su capacidad de liderazgo. Pero los planes planes son y pasaba el tiempo y no se concretaban. Esto se lo hicieron saber algunas asociaciones ciudadanas e intuía que sus adversarios políticos, los de su partido, conspiraban a sus espaldas. Se acordó del segundo sobre y lo abrió. Decía: “échame la culpa de todo”. Encontró entonces la razón de sus fracasos: su antecesor lo había dejado todo echo una ruina, por lo que, por mucho que hiciera, sólo algunos de los cambios prometidos, y tan necesarios, podrían llevarse a cabo, eso sí, con un ingente despliegue de recursos que se aprestó a solicitar a su Alcalde y a su compañero de hacienda. Y tuvo suerte, consiguió casi todo lo que pedía. Pasó tiempo, a veces mucho, y ese discurso también se agotó y se encontró de nuevo en una encrucijada de la que esperó salir con el tercer sobre. Lo abrió expectante. Sólo decía: “vete preparando tres sobres a tu sucesor”. No sé, ahora me dicen que algunos pasan del primer sobre y van directamente a echar la culpa a los anteriores. Debe ser la prisa de los tiempos o que todo se hace ahora por correo electrónico.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 41. 7/12/2003

Cada día aprendemos palabras nuevas o le damos un significado distinto a otras. Este es el caso de transversal. Dícese ahora de una persona que, independientemente de su adscripción política o partidaria, goza del favor de sucesivos gobiernos, especialmente cuando declara defender causas comunes. La transversalidad suele ser atributo de artistas, periodistas, profesores universitarios y afines. Se llega al estatus envidiable de transversal cuando las prebendas de un gobierno otorgadas a una persona las mantiene el siguiente, aunque no es raro que las incremente. En ese momento se considera que es un profesional, es entonces, no antes, cuando hace proclamas del tipo: “a mí me han mantenido, o nombrado, como alto cargo, director de juegos florales y bibliotecas alejandrinas, estrella mediática o subvencionable de la casa los del PSOE y los del PP – normalmente por este orden-; soy un profesional”.

Lo anterior no significa que el nuevo gobierno “haya comprado” la adhesión del transversal porque, como es un profesional, mantiene intactos sus principios, su ideología y el carné político de origen. Los no transversales observan con estupor estos movimientos, porque si bien es cierto que en algunos casos, la situación vital de esas personas es penosa y execrable -piénsese en los amenazados por causa terrorista- el principal mérito que presentan para justificar su medro es esa situación.

Por eso no nos debe extrañar que estos profesionales en momentos críticos -firmas de manifiestos o elecciones- suelen hacer aparecer su verdadera adscripción política, especialmente cuando intuye que van a volver los “suyos” de verdad. La clave está en que, como son transversales desde hace tiempo, su parecer está bien valorado por la opinión pública, quien toma su opinión casi como incuestionable, disputándose los las más variadas tertulias. Ante este actuar hay dirigentes políticos que se rasgan las vestiduras cuando aquellos bien alimentados y hasta ahora agradecidos los llaman “dictablandos” o antidemocráticos. No se trata, por tanto, del fenómeno clásico del “chaqueterismo”, tan español, castizo y casi añorado. Ahora es una mezcla de compra de salvoconductos para la carrera de algunos políticos y de favorecimiento del grupo al que uno pertenece de verdad. Ah, la transversalidad se protege más por aquellos gobiernos

con complejos históricos democráticos, porque los que son progresistas por genes no suelen aceptar transversales, salvo alguno de muestra que evidencie su capacidad de diálogo. Así que esto de la transversalidad tiene futuro, por mucho que se nos atraviese.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

RNE 42. 7/12/2003

Conozco un tipo de personas que se declaran progresistas: compran el mismo periódico, sintonizan idéntica emisora, están suscritos al mismo canal de pago, adquieren los mismos libros –los que son recomendados en esos medios-, dicen ver las mismas películas españolas, frecuentan iguales bares y restaurantes de moda, escasos y minimalistas, aunque de vez en cuando no les importa untar el pan en la yema de los huevos, estrellados por supuesto. Están a la última de la movida cultural subvencionada y se apresuran a memorizar el último autor-autora de culto también progresista y a comprar la última delicatessen y vino monovarietal de autor con poca fermentación en barrica. Se suelen reunir en playas salvajes al pie de alojamientos rurales de cinco estrellas.

Debe ser agradable sentirse seguro de vivir en el lado correcto de la calle, en esa acera en la que el otro lado se ve como gris, trasnochado, y por donde circulan los causantes de que la historia no vaya por donde debería haber ido, al menos desde los Reyes Católicos.

Cuando alcanzan posiciones de poder en cualquier ámbito, lo que no les suele resultar difícil debido a sus antecedentes familiares carcas, arremeten contra todo lo que se oponga a lo que han logrado que en la sociedad se declare como políticamente correcto. Son grandes defensores de las novísimas minorías para las que se aprestan a exigir los mismos derechos de la inmensa mayoría. Han tenido tanto éxito que han conseguido propagar leyendas urbanas como que los españoles somos de centro izquierda, solidarios, que estamos ávidos de participar en la elaboración de los presupuestos municipales o que somos el país más tolerante de Europa, entre otras muchas. Por eso cuando aparecen determinados brotes que contradicen esos axiomas no dudan en culpar a la derecha de siempre. Creen que no se merecen otra realidad.

Son los mismos que pronuncian más veces al día la palabra democracia, especialmente cuando están en la oposición. Y suelen ser los mismos que cuando no gana su partido señalan que son los ciudadanos los que se han equivocado o dejado manipular por los poderes fácticos; pero cuando ganan señalan que lo que se ha producido es una coherencia histórica, después de siglos de lucha.

Los que tienen una cierta edad dicen todos haber estado levantando adoquines en las calles de París en 1968; para los que no cuele tal azaña, declaran haber participado activamente en que el dictador muriera con 83 años en la cama de un hospital, tras una larga lucha contra la dura oposición interior; lo que certifican machaconamente en numerosas películas, libros conmemorativos, cursos de verano y homenajes a los héroes que van falleciendo. No les va nada mal y no tienen escrúpulos en aceptar las prebendas del poder, que nunca pierden; al fin y al cabo, hay que colocarse en las posiciones de vanguardia para cuando llegue el momento. Éste, afortunadamente para todos, sólo consiste en un cambio de gobierno porque así lo deciden los que todavía tienen ganas de votar.

Manuel Arenilla, para “Radio 5 todo noticias”.

Tengo un sobrino que es un forfo de chatear en Internet. Así, a sus pocos años, va haciéndose una idea de la realidad un tanto curiosa. Como él dice, la gente es superabierta, enseguida se hacen amigos y existe un buen royito en la red increíble. Antes salía con sus amigos y hacía deporte, incluso iba al fútbol de vez en cuando. Pero el otro día tuvo una discusión con sus amigos a cuenta de Linux y Microsoft. Han ganado, de momento, los partidarios de éste y él se ha quedado sin colegas por una buena temporada. Sus padres están preocupados y le dicen que esa no es la realidad, que la vida es bien distinta y que ya se caerá del guindo.

Me contaron indignados que se les había encarado y les había dicho que ellos ven desde hace años el mismo culebrón, idénticas noticias y compran desde COU el mismo periódico y que lo de lo de la telebasura que se tragan diariamente no le parece precisamente las siete moradas de Santa Teresa. Además, les dijo que desde hace años salen una vez al mes con los mismos amigos para despellejarlos cuando vuelven.

Y es que eso de la realidad es muy complicado. La ajustamos a nuestra conveniencia y se parece más a un mosaico que al ciclo de la vida del Rey León. Como medida profiláctica le han obligado a comer con toda la familia, mientras ven el informativo de la tarde o la última telecomedia española, tan real y representativa de la sociedad actual.

Sus padres le aventuran un mal futuro porque dicen que no lee. Claro que eso lo critican ellos que el último libro que compraron formaba parte de una colección con cantos dorados que hacía juego con la alfombra persa. No sé si mi sobrino prosperará en la vida, pero lo que parece seguro es que tampoco aceptará la realidad real, esa tan desagradable que nos sitúa ante nuestras miserias y limitaciones y que tratan de acallar los programas de moda. Por lo menos él a los amigos del chat los puede desconectar, aunque me temo que ya ha hecho lo mismo con sus padres.

Manuel Arenilla, para "Radio 5 todo noticias".